

su fin estaba próximo. M. de Seez acercó nuevamente la santa imájen del Cristo á los labios del moribundo, y le dijo:

— Hermano, no pedís perdon á Dios? me conoceis?

— Hermano, — respondió, — del fondo de mi corazon suplico á Dios que me absuelva de mis pecados por grandes que hayan sido. Tiemblo ante su justicia, pero me ha dado por su misericordia toda la confianza que un hijo debe tener en la bondad de su padre.

Se detuvo al llegar aquí, y un momento despues prosiguió:

— Conjuro al Dios todopoderoso, al padre de las misericordias, al Dios de todo consuelo, por todos los méritos de la sangre de Jesucristo, que se digne recibirme en el número de los que ha destinado á cantar sus alabanzas y á amarle eternamente. En cuanto á vos, — dijo al obispo, — no os olvidaré si Dios me concede esta gracia, y os conozco perfectamente.

M. de Seez, viendo que su debilidad redoblaba, preguntó si se habia tenido cuidado de hacerle tomar alguna bebida fortificante.

— Nada se ha escapado á la atencion de la caridad de mis hermanos por mí, — respondió el abad; — han proveido todas mis necesidades y esto es lo que me ha conservado este resto de vida, que me procura el consuelo de preparar mi alma para presentársela á Dios.

A partir de este instante, ya no pronunció mas que palabras inarticuladas. Entonces tuvo lugar esta especie de diálogo entre el obispo y el moribundo:

— El Señor es mi luz y mi salud, — dijo M. de Seez.

— Qué es lo que temer puedo? — prosiguió Rancé.

— Cuando se me ofrecerá un combate, — replicó el obispo.

— Pondré en él toda mi confianza, — añadió Rancé.

— Venid, Señor: venid, Jesus; vos sois mi protector y mi libertador, — interrumpió nuevamente el obispo.

— Señor no tardeis ya mas, — replicó con un supremo esfuerzo el abad, — apresuraos, apresuraos en llegar!

Fueron sus últimas palabras.

Habiendo M. de Seez reparado que se habia cerrado la puerta de la habitacion, llena ya casi de religiosos, por el temor de que el enfermo no fuese incomodado, suplicó que se abrieran todas las puertas para dejar á sus hijos el consuelo de recojer los últimos suspiros de su padre.

El abad le dió gracias con una señal; en seguida, con un recojimiento profundo, fijó sus ojos en el crucifijo, arrojó algunos suspiros y espiró.

Armando de Rancé tenia entonces setenta y cuatro años, treinta y seis y

cuatro meses de profesion y cinco y cuatro meses de dimision voluntaria.

Su rostro abatido, pálido y desfigurado por la austeridad de su penitencia y por la prolongacion de su agonía, apareció sereno y coloreado como en los dias de su juventud así que le hubo herido la muerte. Una dulzura inefable y una majestad casi divina se reflejaron en su rostro de donde habia desaparecido el sufrimiento.

La tarde de su muerte, por orden de monseñor el obispo de Seez, el cuerpo del ilustre difunto fué llevado al coro, sin mas señal de distincion que un báculo de madera que se puso entre sus brazos. Mientras que estuvo espuesto, el coro no quedó solo un momento.

Deliberóse sobre si seria enterrado en la iglesia ó al menos en el capítulo, pero se decidió que dormiria su sueño de muerte en la huesa que él mismo se habia abierto en medio del cementerio de sus hermanos.

Enterrósele, pues, segun habia deseado, en medio de sus discípulos, sin llevarse á la tumba honores, distinciones, nada, nada mas que su humildad y su pobreza.

VI.

LOS TRAPENSES.

YA lo hemos dicho, la historia de la abadía de la Trapa se reasume casi toda entera en la historia de la vida de Armando de Rancé, el Bernardo de su época.

Muerto el reformador, la Trapa se amortaja en la soledad de su desierto y cae en el olvido.

Continuó en ella sin embargo la reforma en todo su vigor hasta 1791, año en que la Asamblea nacional francesa decretó la supresion de las órdenes mo-

násticas. Rujía entonces por las ricas y feraces campiñas de Francia el monstruo de la revolucion y un trono caía arrastrando consigo la religion.

« Los monjes de la Trapa se resignaron : alejéronse llorando de una comarca sembrada de tantos recuerdos , dijéronles adios á aquellos surcos rociados con sus sudores , á aquellas tierras bañadas con sus lágrimas , á aquellas grutas testigos de sus penitencias , á aquellas estrechas celdas que sirvieran de refugio á tan grandes penitentes. Fué exhumado el cuerpo del célebre reformador , y , como Moisés cargado de los restos mortales de Josef , los Trapenses se llevaron con ellos el cadáver de Rancé y fuéronse á fijar en el canton de Friburgo. Allí , bajo la proteccion del gobierno helvético , establecieron en una Cartuja desde hacia mucho tiempo desierta y conocida con el antiguo nombre de Valle Santo , situada hácia la parte meridional del canton , á tres leguas y media de Basse , no lejos de la ciudad de Gruyeres. »

Inhabitado el monasterio hacia trece años , aunque esteriormente presentaba un mediano aspecto , el interior era casi un monton de ruinas , y á escepcion del Aula capitular , apenas se conocian los demas lugares. Por espacio de muchos meses una sala de techo muy elevado serviales de refectorio , sin otra mesa que unas carcomidas tablas puestas sobre troncos de árboles. Unas yerbas con sus vástagos y vainas , unas zanahorias y rábanos con sus hojas , y algunas otras yerbas de inferior calidad , componian toda la comida de aquellos solitarios , con un pan que casi todo era salvado , pero , dice un cronista español , el penoso trabajo con que ocupaban la mayor parte del dia , sazónaba sus alimentos.

Durante el primer invierno despues de su llegada á aquel pais escesivamente frio , una húmeda y mal sana bodega fué su único dormitorio , sin paja , sin tarima y sin mantas para cubrirse. Pasáronse muchas semanas sin poderse mudar por falta de hábitos y lavatorios para limpiarlos , y aunque el espíritu cristiano de aquellos dignos anacoretas no sucumbió jamás ante tan duras pruebas , sin embargo sus cuerpos no pudieron menos de experimentar los tristes efectos de su precaria situacion y varios religiosos perecieron verdaderos mártires de su santa pobreza.

Finalmente , adquirieron con el tiempo lo mas urgente y necesario , y aunque se estendia á muy poca cosa , su lastimosa situacion pasada se lo hizo aceptar todo como la mayor comodidad que apetecer podian. Para cubiertas de cama , en defecto de lana , se sirvieron del musgo y de la yerbecilla que se cria en la corteza de los árboles , y con este abrigo se preservaban del frio sumamente escesivo de la noche.

Su vida laboriosa , dice Francisco Magallon , les hacia menos sensibles al frio durante el dia , y aunque tenian un hornillo de hierro que les servia de calefactorio , era su calor de tan poca actividad , que apenas se dejaba sentir tocándole con la mano ; pero esta mortificacion era á la verdad menos voluntaria que inevitable , porque mal podíanse procurar alguna leña para calentarse , cuando la necesaria para cocer sus legumbres estaba tan escasa y verde , que era preciso buscarla entre la nieve que llegaba hasta la cintura. Luego que pudieron adquirir algunos instrumentos y utensilios , prosigue el autor citado , trabajaron la huerta de donde habian de sacar casi todo su alimento , mas como la tierra era muy estéril , y no podian fecundarla por falta de estiércol , recojian poco fruto de sus sudores ; bien que algun tiempo despues cultivaron los campos convecinos del monasterio , cuando algunas personas caritativas les socorrieron para que pudiesen procurarse lo necesario para el cultivo de las tierras.

En el interin que esto sucedia y que aquellos pobres proscritos trataban de arreglarse lo mejor que podian en un suelo extranjero , la Trapa veia alzarse , esparcidas por el mundo , algunas casas que proclamaban la austera regla de su gran reformador. Algunos religiosos del antiguo monasterio habian pasado á Alemania y estableciéndose en ella. Cosme III el gran duque de Toscana habia cedido á diez y ocho miembros de la misma orden la abadía del Buon Solasso cerca de Florencia , donde se habian avecindado nombrando por abad al conde de Avia , piamontés de nacimiento y que hiciera en otro tiempo un gran papel en la corte del duque de Saboya. En el número de estos Trapenses se contaba el hermano Arsenio , conocido un dia en el mundo con el nombre harto célebre de conde de Rosemberg. Una colonia de Trapenses que se habia propuesto pasar al Canadá se detenia en Inglaterra y el celoso católico Tomás Wild la protegía para fijarse en Lalworth Castle. El padre Guillet de Mantes fundaba en las salvajes riberas del Mississipi una nueva Trapa , y otra por fin se elevaba en medio de los arenales que se estienden entre Anvers y Turnhout.

Un dia la comunidad de Valle Santo , de la cual por un momento hemos separado nuestras miradas , vió llegar una colonia de religiosos , hermanos suyos. Eran los Trapenses que habian permanecido en Francia hasta saber qué era de sus compañeros , los que habian partido para Friburgo.

El abad abrióles solícito las puertas de la ruinosa Cartuja y vióse con la llegada de aquellos nuevos monjes , á la cabeza de setenta y cuatro súbditos , pero con la dolorosa imposibilidad de mantenerlos á su lado , apremiado como

estaba por la espantosa miseria que alzaba á su lado su escuálida figura.

En este apuro, volvió los ojos hácia las naciones católicas para pensar á qué monarca podria recurrir que no fuera en vano, y los fijó en el de España.

Inmediatamente puso su designio en obra y varios religiosos partieron para España con objeto de pedir á S. M. Católica la especial gracia de un corto recinto de tierra inculta en algun desierto de su vasto imperio. Llegaron á nuestro país los comisionados, y mientras dos de ellos se dirijian á la corte, los otros se fijaban en el monasterio de Poblet en Cataluña, cuyos monjes les abrian hospitalarios las puertas de su célebre edificio.

Buena acogida hallaron los diputados en el gobierno español y, vencidas algunas dificultades que se ofrecieron, se determinó su destino en la llamada granja de Santa Susana, distante tres cuartos de hora de Maella, diócesis de Zaragoza, por cesion del monasterio de Escarpe y de su congregacion cisterciense, confirmada por S. M. con real cédula de 2 de noviembre de 1795.

Despachado el abad con su compañero, pasaron desde Madrid á Zaragoza para presentar á la real audiencia la referida cédula, y en seguida al monasterio de Leire en Navarra ante el abad vicario general de los Cistercienses. Este superior directo de dichos monjes les dió los títulos correspondientes para la posesion de la granja de Santa Susana, de acuerdo con el abad y monasterio de Escarpe.

Desde allí marcharon los dos agentes al real monasterio de Poblet, verificándose la salida de los monjes y abad de la Trapa el 4 de Enero de 1796, habiéndose mantenido allí hospedada la pequeña comunidad por espacio de dos años, y ocupada siempre en el riguroso ejercicio de su instituto.

En 12 de Enero terminaban su viaje y se instalaban en Santa Susana, bajo la direccion de su primer abad en España Fray Don Gerásimo de Alcántara.

Así es como tuvo lugar en nuestro país la fundacion de Nuestra Señora de la Trapa.

Ahora solo me toca añadir algunas noticias, que no dejan de ser de sumo interés para la historia, y que debo á la complacencia y amabilidad de un respetable anciano que habia varias veces visitado el monasterio Trapense.

Después de la instalacion de los monjes en Santa Susana, se solicitó y obtuvo permiso para vestir el santo hábito tanto á los seglares como á los regulares, por real decreto publicado en el consejo el 29 de Noviembre de 1797.

Con posterioridad habian adquirido los Trapenses una posesion en el territorio de Caspe, en un lugar desierto que forma una península en el Ebro, titula-

do *la Magdalena*; allí se habia tratado de trasladar la comunidad y al efecto teníanse ya hechas algunas obras y se continuaban, cuando vinieron los sucesos de 1835 á dar un golpe de muerte á las órdenes monásticas.

En virtud del real decreto citado, el monasterio de Santa Susana estaba sujeto al señor arzobispo de Zaragoza.

Cuando su estincion, se componia la comunidad de 70 individuos entre sacerdotes, monjes de coro, y légos ó conversos.

Pocos detalles pueden añadirse á los citados. La Trapa no hace gran papel en la historia monástica de España. Los dignos religiosos que pisaban su claustro, solo se ocupaban de atravesar piadosos el camino del cielo, siguiendo la regla trazada por su reformador.

Cuando los acontecimientos de 1821, un monje, lleno de ardor belicoso y de patrio entusiasmo, abandonó un dia su sombría morada trocando la cogulla por el fusil; organizó una compañía de cazadores y, gefe de guerrilla, dióse á conocer en Aragon y en toda España por sus hechos de armas que, si hemos de dar crédito á la crónica contemporánea, no dejaron de ser sonados. Favorecióle mas de una vez la victoria y *la guerrilla del Trapense*, como la llamaban, alcanzó una fama portentosa.

Tambien, por algunos papeles y manuscritos que tienen relacion con la Trapa, he sabido que un dia se presentaron á llamar á las puertas del monasterio dos hombres los cuales empezaron santamente su noviciado pero sin que llegasen á profesar. Estos dos hombres han figurado despues de una manera muy visible en los acontecimientos contemporáneos.

No me creo con derecho á revelar sus nombres célebres en el dia.

Antes de terminar, preciso será decir algo de las observancias de los moradores de Nuestra Señora de la Trapa.

Acostábanse en verano á las ocho y á las siete en invierno, levantándose antes de la una para comenzar puntualmente á esta hora los oficios divinos que no terminaban hasta las cuatro. Los dias en que la Iglesia no solemniza la fiesta de ningun santo, recitaban tambien el oficio de difuntos.

A las cuatro tenian leccion espiritual ó estudio de los salmos ú oracion privada hasta las cinco. A las cinco contemplacion, prima y el capítulo de las culpas hasta la seis y media. Para esto se juntaban en el aula capitular donde el abad les hacia una éxortacion. Á las seis y media las misas privadas ó leccion espiritual hasta las siete y media. Á las siete y media la misa mayor tertia, hasta las nueve.

A las nueve la labor de manos hasta las once y media. Quitábanse entonces

la cogulla para ponerse el escapulario y arremangándose el hábito se dedicaban á la tarea, señalando todos los dias el abad á cada uno segun sus fuerzas y aptitud el trabajo que debia hacer. El que presidia la labor, hacia de cuando en cuando una señal, y oida esta suspendian luego todos el trabajo, y en un profundo silencio y recogimiento elevaban su alma á Dios hasta oir otra vez la señal para proseguir el trabajo. El mismo abad trabajaba empleándose en lo que habia mas abyecto.

A las once y media la sexta y el exámen de conciencia hasta las doce. A las doce las oraciones del Ave María continuándose en seguida el trabajo hasta las dos. A las dos nona hasta las dos y media en que pasaban al refectorio.

Este era grande y ostentaba una linea de mesas en cada lado. La del abad estaba en frente de las otras y contenia sitio para seis ó siete personas; sentábase él á un extremo teniendo á su mano izquierda el prior y á su derecha los huéspedes, cuando habia alguno que comia en el refectorio lo que sucedia raras veces. No se cubrian las mesas con manteles ni se usaban servilletas: cada religioso tenia un vaso, una taza, una cuchara y un paño para limpiarse que quedaban siempre en el mismo sitio, siendo la vajilla de barro comun ó de madera. Se les ponía delante una libra de pan moreno para todo el dia, y en seguida se le daban á cada uno dos raciones cocidas; la primera podia ser de harina ó de pan, pero la segunda era invariablemente de verdura ó legumbres cocidas con agua y sal sin aceite. A estas dos raciones podia añadirse alguna fruta si la habia de cosecha del monasterio, á escepcion de los dias de ayuno ú otros señalados. Nunca y por ningun motivo se servia á la comunidad mas que estos dos platos. Su bebida era agua pura.

Ninguno empezaba á comer sino despues de haber hecho señal el abad, y mientras comian debian tener cubierta la cabeza, de modo que no pudiesen ver sino lo que tenian delante. Cinco veces tocaba el superior la campanilla durante la comida; estas señales eran como una especie de avisos de la templanza que debian guardar los religiosos y á fin de que, levantando el corazón á Dios, suspendieran en estos intervalos la comida como el lector la lectura y oraran en espíritu de humildad hasta que oyeran la señal para proseguir.

Terminada la comida daban gracias á Dios y se dirijian en procesion á la iglesia para allí acabar sus rezos.

Á las tres y media leccion de canto, instruccion de los novicios, leccion espiritual ú oracion hasta las cuatro.

Á las cuatro vísperas y contemplacion hasta las cinco y media en que volvian á pasar al refectorio donde cenaban, consistiendo su cena en el pan sobrante de la comida, una sola ensalada y un poco de queso ó fruta.

Á las seis completas, salve, exámen de conciencia, leccion y las oraciones del Ave María hasta las siete, hora en que, recibida el agua bendita, se recojian al dormitorio.

El abad y todos los religiosos se acostaban en un dormitorio comun donde ardia una lámpara toda la noche, y que de dia estaba siempre cerrado: no habia sillas y ninguno podia acostarse hasta haber oido la señal del abad. Sus camas eran unas tablas cubiertas de un paño grosero, unas mantas y una almohada de paja, no teniendo mas separacion la una de la otra que un entablado á la cabeza y á los piés con una cortina al lado para su mayor decencia. Dormian con todo el vestido y cogulla que nunca dejaban, sino, como se ha visto, para el trabajo.

Los dias festivos pasaban rezando las horas que en los otros dedicaban á la labor.

Por lo demás, tenian otras prácticas y costumbres que referiré en breves palabras.

En el coro debian estar en pié; hacian inclinacion profunda al *Gloria Patri*: á la *Ave María* se ponian de rodillas inclinando el cuerpo sobre la articulacion de las manos; nunca se sentaban cuando se hallaban á solas en la iglesia donde en todo tiempo debian tener la cabeza descubierta.

El silencio se observaba con una rigidez y una escrupulosidad extremas. Era una ley inviolable. Cualquiera comunicacion que tuvieran que hacerse se la hacian por medio de señas y aun estas eran prohibidas en la iglesia, claustro y dormitorio.

Guardaban un estricto recogimiento. Solo el padre abad sabia las cualidades, el pais y condicion de cada religioso, gozando todos de un profundo retiro, sin trato, recreacion ni familiaridad entre sí, sin saber nada de lo que pasaba en el mundo. Ignoraban hasta la muerte de sus padres y hermanos, porque cuando el abad recibia esta noticia únicamente la comunicaba en general: *Ha muerto*, decia, *el padre, madre, hermano etc. de un religioso*, y en esta incertidumbre, cada uno rogaba á Dios con igual fervor por el alma del difunto.

La pobreza era suma. Los monjes de la Trapa no podian tener cosa alguna en particular y en comun solo lo necesario á la comunidad. No tenian que pasar cuidado por el vestir, pues que todos, incluso el abad, recibian la ropa

que necesitaban del vestuario comun, siendo sus vestidos de paños groseros de los mas ordinarios del país.

Un curioso calculó que el gasto de un Trapense podia ser, todo lo mas, de unas treinta pesetas al año.

Las alhajas de la iglesia correspondian á la sencillez de su estado. No habia mas plata que la de los vasos sagrados. Ningun altar dorado, un crucifijo de ébano en el altar, las cruces y candelabros de madera, como tambien el báculo del abad. Las casullas eran todas de hilo ó de lana; las albas y demás lienzo sin encajes; no se servian jamás de capa pluvial, dalmática ni túnicas, ni tampoco de tapetes de piés ni de pared.

Los enfermos debian guardar el mismo silencio que la comunidad. Ningun seglar, aunque fuera el pariente mas cercano, podia entrar en la enfermería y nunca debia decir el médico en presencia de los enfermos el concepto de la enfermedad, ni los remedios que ordenaba. El alimento comun de los enfermos era el de los demás monjes, con la sola escepcion de alguna leche ó arroz, pan blanco, y si el superior lo juzgaba conveniente, tambien huevos. Si el mal era grave, se les daba una vez al dia alimento de carne, escepto en cuaresma, viernes, sábados y ayunos de la Iglesia.

Si la enfermedad lo permitia, recibia el enfermo los últimos sacramentos en la Iglesia en medio del coro, donde el abad le hacia una plática, y concluida, el enfermo podia decir, si queria, alguna cosa á la comunidad. Recibidos los sacramentos, volvianle á la enfermería y cuando el enfermero conocia que se acercaba la hora de su muerte, avisaba al abad quien hacia una cruz en el suelo con ceniza bendita, y echada un poco de paja poníase al moribundo encima cruzándole los brazos. Inmediatamente se hacia la señal con tres golpes en la tabla para llamar la comunidad, juntábanse luego los monjes, conversos y donados en la iglesia; de allí pasaban en procesion á la enfermería rezando el *Credo*, y mientras que el padre abad decia las preces de la agonía, estaban de rodillas al rededor del moribundo, cantando el *subvenite* cuando habia espirado.

Llevábase despues el cuerpo vestido como se hallaba con todos sus hábitos regulares á la iglesia en medio del coro, donde los religiosos empezaban á rezar el psalterio que se continuaba sin interrumpirse hasta la inhumacion. Los religiosos llevaban el cuerpo al cementerio, bajábanle á la fosa que en vida él mismo se habia abierto y los hermanos conversos echaban la tierra sobre el cuerpo muy despacio para que fuera poco á poco desapareciendo de la vista de los circunstantes.

Los huéspedes eran recibidos con caridad y agrado. Se les encargaba el silencio y se les trataba del mejor modo posible, pero sin darles otros alimentos que los que correspondian á la sencillez de su estado. A mas de las verduras y legumbres que eran el alimento ordinario de la comunidad, se les podian servir huevos y las verduras podian sazonarse con aceite ó manteca, pero sin azucar ni especias. No podia dárselos ningun género de pescado y mucho menos carne.

Tales eran en resumen las observancias del monasterio de monjes Trapenses en España. Las mismas, con corta diferencia, cumplian los demás Trapenses de los otros países.

